

Carlos Castilla del Pino

*Pretérito Imperfecto*

Barcelona: Tusquets, 1997

## La autobiografía como *performance*



LA AUTOBIOGRAFÍA NO ES, no suele ser al menos, una carrera de escritura, sino un pasaje, un accidente de ella. No importa que uno sea médico, escritor o político, en caso de decidirse a contar la vida propia se trata de una decisión única, sólo se escribe una vez, aunque, naturalmente pueda llevarse a cabo de muchas maneras: ahí está el caso de Jorge Semprún evitando que su proyecto autobiográfico se reduzca a un texto único y homologado, de modo que sus libros reflejan diferentes acercamientos al yo biográfico y a su representación literaria. Pero después de escribir unas memorias a nadie se le ocurre escribir otras. Se pueden añadir cosas—Ramón Gómez de la Serna en *Nuevas páginas de mi vida*, después de *Automoribundia*, por ejemplo—, pero aprovechar la experiencia adquirida e intentarlo de nuevo, corrigiendo errores, perfeccionándose en suma, como haría un novelista o un poeta, no. Resultaría desconcertante para el lector la carrera de autobiógrafo, ¿de qué versión fiarse?, ¿cuál es más veraz?, o, peor, ¿otra vez va a contar lo mismo?

De modo que, como observa sagazmente Philippe Lejeune, el autobiógrafo es de hecho un *amateur*, frente al novelista o el poeta que vuelven al género en tantas ocasiones como lo deseen a lo largo de una carrera literaria. El memorialista se mide con el suyo una sola vez. Pero conoce el tema que trata mejor que nadie y le parecerá fácil escribir sobre él a pesar de la naturaleza problemática de la subjetividad. De una forma u otra reinventará todos los clichés, todos los lugares comunes del género. No se trata de que copie nada: empujado por la situación y sus propias circunstancias, descubrirá las imágenes elementales y fundadoras de la escritura autobiográfica, como ocurre en toda experiencia iniciática, por gastadas que puedan parecer a la mirada ajena.

Y dado que es la primera vez que el autobiógrafo escribe su autobiografía, tenderá a comportarse como si fuera la primera vez que se escribe una autobiografía: al fin su texto le parece, como él mismo por otra parte, único. Y lo es. También para el lector cuando se dispone a leer un libro de memorias resulta un ejercicio singular, pues más allá de la convención literaria, y aun siendo consciente de la ficcionalización que supone el acto autobiográfico, se

prepara para conocer a un hombre, o a una mujer: sus orígenes, su familia, sus amistades, sus inquietudes, el perturbador despertar del sexo, la primera novia, el primer novio, los estudios, la vocación, los maestros, las dificultades... siempre igual y siempre distinto. Yo no concibo un acoplamiento más rico que el de un autobiógrafo y un lector, cuando los dos deciden ir a fondo y enriquecerse mutuamente, sin reservas (es decir, con las necesarias pero nada más), con lealtad. La primera frase, las primeras palabras de una autobiografía tienen para mí algo de ritual: ¿de dónde partirá el relato?, ¿será una vida interesante?, ¿se sentirá satisfecho?, ¿hasta dónde iremos? Cuando el libro es bueno, y el que tengo el honor de presentar hoy junto a Arcadi Espada es muy bueno, soberbio, muy pronto te olvidas de ti mismo para ubicarte en unos parámetros vitales que, pese a no ser los propios, acabas por conocer incluso mejor. La primera frase de *Pretérito imperfecto* no puede ser más eficaz para dejar al lector ya desde ese momento literalmente colgado del libro y pendiente de la andadura vital de su protagonista. En realidad no es una frase, sino una *performance*, una creación autobiográfica: "Cuenta hasta cien, pensando bien en lo que haces. Te dormirás enseguida", le dice el padre de Carlos a su hijo oyéndole llorar en la cama, porque tiene miedo de la muerte. Padre e hijo duermen juntos y eso no tendría mayor importancia (o sí la tendría pero no es el caso) si no fuera por las circunstancias del episodio: el padre está enfermo, muy enfermo, y morirá unos pocos años más tarde de una gravísima insuficiencia respiratoria. De manera que se levanta el telón con una escena sombría, sobrecogedora y, desde luego, muy poco adecuada para un niño de 8 años acostumbrado ya, sin embargo, a la experiencia de la enfermedad y la tristeza, porque toda persona enferma es una persona triste, o entristecida por las dolencias que sufre.

Bien, es el primer episodio del libro y, al margen de su perspectiva "performativa", que me parece uno de los hallazgos más notables y sostenidos del narrador, lo veo muy revelador desde el punto de vista de la estructura del relato porque, de un modo naturalísimo, empareja las dos líneas narrativas que van a vertebrarlo, esto es: la soledad del narrador con "hambre de mundo" ya en tan corta edad, con el deseo feroz, la necesidad tal vez, de alcanzar la paz, digámoslo así, por su cuenta, dado que las condiciones familiares —una familia apagada y clasista— no permiten esperar mucho de ella. Es un deseo tan sólo vislumbrado a los 8 años, cuando el niño Carlos intuye la muerte acechando y él no quiere morir,

porque ya entonces tiene hambre de mundo, pero que ya está ahí con toda la fuerza y el empuje determinantes en la biografía de Carlos Castilla del Pino.

No creo que sea casual, nada es casual por otra parte, que el último episodio del libro sea la llegada de Carlos a Córdoba en el expreso de Algeciras, con dos maletas y unos cajones de libros, para ocupar su plaza de director del dispensario de psiquiatría: tres días después cumplirá 27 años, es de noche todavía, y en la ciudad de Córdoba no hay un alma por las calles. Carlos se paseará por ellas solo, como tantas veces lo ha hecho en Madrid o en Sevilla, o durante los meses de instrucción militar, pero aquel deseo de alcanzar la paz por su cuenta o, en otras palabras, de abrirse camino en lo material y, sobre todo, en lo intelectual, ha empezado a darle las primeras satisfacciones.

La primera lección que he extraído del libro —y hablo de lección porque estoy ante un maestro— tiene que ver con esa poderosa *performance* construida por el narrador entre un principio y un final igualmente expectantes: la lección es que poseer una memoria, un pasado, con la riqueza y la precisión de matices y de saberes que demuestra Castilla del Pino, sin presumir de ello, debe ser el mayor patrimonio imaginable para un hombre. No es sólo vivir o haber vivido, eso lo hacemos todos mejor o peor, sino haberlo hecho con esa intensidad, con los ojos tan abiertos, con ese despliegue ininterrumpido de la mente que, al cabo de los años, sigue ahí, atenta y más entrenada que nunca para referir los senderos por los que transcurrió su vida. Y la vida de Carlos Castilla del Pino, en lo que se me alcanza como lectora de su *Pretérito imperfecto*, no ha sido fácil, si me apuran les diré que ha tenido momentos y años de una dureza de pedernal, y al menos algunos de esos años están en el libro. Pero la tensión interior del personaje, ese pulso constante entre el deseo, el ideal, y una realidad miserable pero suficiente para crecer, convierten la lucha en espectáculo, aunque también en motivo de meditación.

La segunda lección me ha resultado particularmente estimulante y tiene que ver con la anterior. Vamos a ver. En la posición de Carlos Castilla, niño u adolescente, otro que no fuera él podía haberse desalentado fácilmente: nace en San Roque, un pueblo replegado en sí mismo, con pocas posibilidades de promoción y menos estímulos intelectuales; su

madre quedará viuda muy pronto; el amago de tuberculosis que sufre; después el caos de la guerra, la miseria reinante, las dificultades en Madrid para estudiar Medicina viviendo solo, en una pensión, con el dinero justo para los gastos más elementales, en pleno estraperlo, sin conocer a nadie... Cualquiera de estos u otros motivos, como la ruptura con los modelos que podían paliar la miseria intelectual de los años cuarenta, y que Castilla del Pino conoció de primera mano pues formó parte de la primera promoción universitaria que se formó acabada la guerra, y no digo más, cualquiera de estos motivos, desalentadores de por sí, era más que suficiente, sino para abandonar, al menos para ponerse las cosas fáciles y dejarse llevar. Pero Carlos no acepta la derrota y menos la medianía, de modo que apela —lo hará siempre— a la capacidad de su propia mente para generar un principio salvador de orden. Eso es así en San Roque, haciéndose primero con una biblioteca (así la llamaba él pomposamente a los 10 o 12 años aunque sólo dispusiera de unos poquísimos volúmenes), o inventándose un instituto de biología animal a los 14 años (el IBA), que ya le hace sentirse alguien importante, o bien leyendo infatigablemente. No hay más que ver lo primero que hace Carlos cuando llega a una nueva y siempre pobretona pensión para instalarse. Todas las habitaciones en las que vivirá cuentan al menos con cama, mesa y silla. Él saca sus libros —la cantidad es lo de menos— de la raída maleta, los ordena sobre la mesa —como organizando mentalmente el espacio de estudio— y sale a la calle a conocer los alrededores del lugar. En cuanto pueda se procurará un trabajo en el hospital que cumplirá religiosamente, aunque no cobre. Y serán años sin cobrar. Concluyendo, la lección podría ser

esta: "Todo hombre que se respete lo suficiente ha tenido que inventar una fórmula propia para su universo cuando las fórmulas ordinarias no hicieron su trabajo".

Y esa fórmula propia tiene, creo, unos orígenes y un referente. La autobiografía de Carlos presupone un modelo de la identidad y el libro, en este sentido, debe entenderse como su puesta en práctica en la historia de su vida. Pero ¿cuál es ese modelo que le permite disponer de un principio de orden en medio del caos? No es desde luego su padre, amilanado por la enfermedad y el ahogo, y fallecido cuando acaso el niño empieza a necesitarlo, pero es alguien con nombre y apellidos también: se llama Santiago Ramón y Cajal, y tengo para mí que ha sido objeto de culto permanente por parte de Carlos Castilla debido a la influencia ejercida por su tutor, don Federico Ruiz Castilla. En fin, no quiero extenderme más pero ahí están las correspondencias biográficas y profesionales a quien le interese comprobar la continuidad de una línea de conducta basada en la vocación, el rigor intelectual y el esfuerzo. Yo no sé si la obra de Carlos Castilla del Pino merecerá tantos reconocimientos como vienen siendo habituales en la sociedad cultural de hoy mismo para todo y para todos, pero lo que sí sé es que la lectura de *Pretérito imperfecto* no se me olvidará en la vida.

Anna Caballé

(Texto de presentación de *Pretérito Imperfecto*, en la librería FNAC —junto a Arcadi Espada y Carlos Castilla del Pino— el 20 de marzo de 1997.)